

De "El Bien Público"

EL EJEMPLAR de nuestro diario católico del 7 de octubre de 1908, transcribimos lo siguiente:

"El distinguido escritor nacional Raúl Montero Bustamante, corresponsal literario

*Una página de*

## RAUL MONTERO BUSTAMANTE

de "La Prensa" de Buenos Aires, ha enviado a este diario el siguiente hermoso artículo sobre el querido prelado muerto:

### EL ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

"La muerte de Monseñor Soler, acaecida en medio del mar, es el último gesto de esta noble figura llena de carácter, cuyos rasgos enérgicos y personales fueron hechos para la piedra de bronce.

Sin embargo, la estatua que simbolice la vida y el espíritu del ilustre prelado que acaba de perder la Iglesia uruguaya, no debe ser una de esas figuras yacentes que duermen so-

bre los sarcófagos en las capillas de las Catedrales. El artista que la talle, tiene que crear un símbolo expresivo y viviente en el que palpiten la energía y la acción, y en el que se admitan los dos resortes morales de aquella gran alma que, frente a las rocas de Gibraltar y ante el mar abierto que le ocultaba su pa-

tria, apresuró el viaje y llegó antes que su cuerpo mortal a anunciarnos la melancolía de la eterna ausencia.

En efecto, esta vida en que todo fué concentración de la voluntad y del pensamiento y que se tradujo en energía y acción, necesita, para ser simbolizada, luz y espacio, proporciones y movimientos. Ni el libro del apóstol, ni el cayado del pastor, ni la mitra episcopal, son símbolos suficientes para definir el carácter y la obra del ilustre prelado.

Figura protagonista de un momento histórico de la vida social de su país, "alma mater" del renacimiento religioso

erguido frente a la reacción filosófica producida por la difusión del positivismo científico de la juventud de 1878, fué el luchador de todos los días, el polemista y el maestro, evangelizador y el temible adversario, el cura de alma y el hombre de ciencia, el creador de instituciones laicas y el fundador de santuarios; el reformador de la prensa católica y el impetuoso diputado, el severo magistrado y el prelado modesto, jefe al fin, de la Iglesia nacional.

Ninguna psicología más interesante que la de este ilustre hijo de la Iglesia que nació, acaso predestinado, el día de la anunciación de 1846. Su entrada en la vida sacerdotal fué violenta. Dominado por actividad febril todo lo creó en unos meses, diario, luz, universidades libres, liceo, cátedras populares de controversias, libros de apologética y de ciencias experimentales. Los tiempos eran rudos y él corrió las tempestades de la época; diputado, se batió en la tribuna parlamentaria; sacerdote, predicó por la moral social y política desde la cátedra sagrada, espiado por los esbirros que al pie del púlpito, hacían brillar los puñales; carácter templa-

do, no esquivó el peligro y a todas horas atravesó las calles de la ciudad y su entereza dió pasto a la anécdota.

Pero la investidura episcopal transformó este carácter inquieto y batallador. El poderoso espíritu que animaba a aquel hombre ilustre, sintió el peso de la museta dorada. Toda la fuerza del carácter, las brusquedades de la convicción y las rudezas de la lucha se convirtieron entonces en mansedumbre evangélica.

Jamás un hombre se ha sometido a más ruda prueba. Transformado el sayal de monje a que aspiraba por el hábito morado de los príncipes de la Iglesia, hizo de su vida una escuela de férreas virtudes, practicó —¡y con qué extraordinaria fuerza!— el sacrificio de la renunciación de sí mismo y eso que era uno de los espíritus más enérgicamente personales que he conocido. Había “dominado la bestia” y creo que se complacía en sujetarla al potro de su voluntad poderosa.

Ni un segundo de su vida escatimó a su Arquidiócesis; vivió para ella y a manos de ellas le entregó su espíritu.

Confinado en su gabinete de trabajo, sólo lo abandonaba para orar y cumplir con el protocolo. Uno de los hombres que mejor le ha conocido



dice de su vida diaria: "No pierde un cuarto de hora de su vida; duerme muy pocas horas; come, con una frugalidad de asceta, en quince o veinte minutos; no se detiene jamás en el deleite, por más honesto que sea, no se le conoce una afición que pueda proporcionarle un solaz intenso: no tiene más placer que el estudio, la visión de la verdad. Concorre a los actos sociales que exigen su presencia, y hace sus visitas con toda corrección; pero en todo esto está siempre de paso; sólo está definitivamente en su oratorio o en su mesa de trabajo y de meditación."

En el silencio de la soledad de su gabinete había adquirido cierta severidad hierática "en la noble impassibilidad de sus líneas —dice uno de sus biógrafos— parecen modelados los prelados de piedra que, de pie en sus repisas, y con la cabeza hundida en la sombra del docelete ojival, decoran las columnas de las viejas catedrales, o velan los sarcófagos de sus capillas abaciales, su rostro tenía algo de mármoro, y alguien ha dicho que su fisonomía clásica, de camaleón romano, recuerda el ascético perfil del Dante joven que conocemos por el retrato adquirido al Giotto."

Esta frialdad claustral, se reflejaba en sus movimientos, aún los que venían de dentro del espíritu, donde ardía su corazón sin que se le advirtiera el fuego, de afuera. Aún en la ternura ponía cierta brusquedad. Tenía el dominio de sí mismo y era capaz de detener las lágrimas, cuando ya asomaban a sus ojos y ordenar a la voz que vibraba con firmeza cuando empezaba a nublarla la emoción.

Sus últimos años fueron de amargura constante. Sufrió en silencio y jamás asomó a sus labios el reproche o la queja acerba.

Tal fué este hombre ilustre a quien León XIII llamó su hijo y amigo. Hizo bien el camino de la vida y cuando se disponía a hacer su última jornada para respirar por última vez el aire de la patria, la muerte, que él esperaba, se le acercó sin infundirle miedo. "Esta vida", nos la escribía hace apenas un mes a un amigo, y agregaba: "ignoro la duración de la tregua que el Señor ha concedido a esta visita de la muerte."

Y en esa ignorancia, pero sintiéndose morir, se embarcó con la esperanza de llegar a las playas de la patria, antes de cerrar los ojos para siempre.